

LAS GUERRAS CARLISTAS

Alfonso Bullón de Mendoza

LA PRIMERA GUERRA CARLISTA

Antecedentes

Suele aceptarse como precedente del Carlismo el grupo de diputados que en las Cortes de Cádiz se oponen a las ideas plasmadas en la Constitución de 1812. No obstante, debe tenerse en cuenta que este grupo, al igual que los liberales, no surge de la nada, sino que es heredero de una tradición política que ha de buscarse tanto en la Ilustración como en sus impugnadores, pues sectores de ambas tendencias se unirán ante la amenaza de la Revolución Francesa. Pero este es un aspecto que tocaremos con mayor atención cuando nos refiramos a la ideología del Carlismo.

Con posterioridad a estas fechas se señalan como precedentes de las guerras carlistas la realista de 1820-23 y la revuelta de los *malcontents* catalanes, ocasión en que algunos de los sublevados gritan consignas a favor de Don Carlos, jefe de la facción política más opuesta a los liberales y más aferrada a la España tradicional. El infante, que parece probado fue por completo ajeno a esta revuelta, estaba llamado a ser el sucesor de Fernando VII, quien no había tenido descendencia de sus tres primeros matrimonios. Pero en 1829 el monarca contrajo nuevas nupcias con su sobri-

na María Cristina de Nápoles, que no tardó en quedar embarazada de la futura Isabel II.

Según la Ley Semisálica vigente en España por el autoacordado de 1713, el infante Don Carlos sería el heredero de la Corona siempre que su hermano careciera de hijos varones. Pero ya con anterioridad al nacimiento de su hija, y a fin de proteger los derechos de una posible descendencia femenina, Fernando VII derogó la ley sucesoria mediante una pragmática que sancionaba una petición formulada en este sentido por las Cortes de 1789 a Carlos IV, y que los partidarios de Don Carlos consideraban nula por diferentes motivos.

En septiembre de 1832, durante su veraneo en La Granja, Fernando VII cayó gravemente enfermo, hasta el punto que se dio su muerte por segura, motivo por el cual el conde de la Alcudía, que a la sazón encabezaba el Gabinete, realizó numerosas consultas para verificar si, llegado el caso, la Princesa Isabel contaría con los suficientes apoyos para ser proclamada Reina. El resultado fue negativo y por ello Alcudía trató de convencer al infante don Carlos, aunque sin éxito, de que asumiese la Regencia, junto a María Cristina, durante la menor edad de Isabel II. Consecuencia de este fracaso fue el decreto de 18 de septiembre de 1832, en virtud del cual el Infante volvía a ser el heredero de la Corona.

Pero Fernando VII logró reponerse, y un nuevo Ministerio, encabezado por Cea Bermúdez, se encargó de tomar las medidas necesarias para garantizar la sucesión femenina, entre las que cabe destacar la depuración de todos los funcionarios civiles y militares sospechosos de ser partidarios de Don Carlos. En sus dos primeras semanas, el nuevo Gobierno cesó a seis capitanes generales, cifra que aumentó a ocho antes de que acabase el año, y emprendió una amplia política de remoción de mandos militares que culminó con el cese de aproximadamente la tercera parte de la oficialidad. En algunas unidades, como la guardia de Corps, la más inmediata al Rey, la depuración afectó hasta a los simples soldados, pues fueron expulsados cerca de cuatrocientos hombres, cuando sus efectivos no superaban los quinientos. Para prevenir cualquier posible conspiración legitimista se creó una Comisión Regia Suprema para delitos de infidencia y se reactivaron las Comisiones Militares, creadas en su día para combatir a los liberales. Los Voluntarios Realistas, milicia armada del absolutismo que Fernando VII se negó a disolver, fueron puestos bajo el mando de los capitanes generales de las respectivas regiones, lo que también permitió depurarlos de buena parte de elementos sospechosos, con una notable salvedad: Navarra y las Provincias Vascongadas, donde debido a la pervivencia del régimen foral no dependían de las autoridades militares, sino de las diputaciones.

Por su parte, los carlistas también se preparaban para la guerra, y aunque la postura de don Carlos dificultaba enormemente sus preparativos, pues se negaba a cualquier golpe de fuerza realizado en vida de su hermano, no tardaron en crear en Madrid una Junta destinada a coordinar sus esfuerzos en toda la Península,

Junta que fue en buena parte desarticulada a partir de la fallida sublevación del coronel Campos y España en enero de 1833, pero cuya estructura aún se mantenía intacta en Burgos, La Rioja, Navarra y Vascongadas al producirse la muerte de Fernando VII, no siendo por tanto casual que fueran éstas las provincias donde más incidencia tuvo el alzamiento verificado a la muerte de Fernando VII¹.

El ejército isabelino

Tras la reorganización efectuada por el Marqués de Zambrano en 1828, el ejército español tenía los siguientes efectivos:

| | |
|--|---------|
| Ejército Regular..... | 65.000 |
| Milicias Provinciales | 35.000 |
| Otras fuerzas (carabineros, brigada real de Marina...) | 15.000 |
| Total | 115.000 |

Dichas tropas se hallaban distribuidas entre las ciudades que servían de sede a los regimientos provinciales y las ciento cincuenta plazas fuertes existentes en la Península. Pese a su carácter fronterizo, Navarra y Vascongadas apenas tenían presencia militar como consecuencia del régimen foral en ellas imperante, que hacía que las únicas guarniciones de importancia fuesen las de San Sebastián y Pamplona. En octubre de 1833 tan sólo se disponía de tropas abundantes en Madrid, cuya guarnición se había visto reforzada, y en la frontera con Portugal, país en el que desde 1832 se venía disputando una reñida guerra civil entre los partidarios de don Miguel y los de doña María de la Gloria.

¹ Sobre todos estos aspectos, y sobre el conflicto en general, puede verse Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, A., *La Primera Guerra Carlista*, Actas, Madrid, 1992. Una excelente biografía de Don Carlos es la de MORAL RONCAL, A. M., *Carlos V de Borbón (1788-1855)*, Actas, Madrid, 1999.

La depuración a la que habían sido sometidas las fuerzas armadas explica que, llegado el momento, ni una sola unidad del ejército se sublevase a favor de don Carlos, pues los escasos partidarios del Pretendiente que aún conservaban sus puestos se encontraban demasiado aislados como para poder ser operativos. Así, cuando el coronel Victoria, comandante militar de Morella, se subleva en dicha plaza a favor de don Carlos, lo hace al frente de los voluntarios realistas y no de las tropas que mandaba, a las que había ordenado salir de la población para perseguir a unas supuestas partidas.

Significativamente, varios de los generales que estuvieron al frente de las tropas isabelinas en los primeros días de la guerra fueron quienes más se habían distinguido durante la campaña realista de 1820-1823 luchando contra los liberales, como es el caso de Sarsfield o Quesada. Sin embargo, pronto encontraremos junto a ellos a muchos de sus antiguos oponentes, pues los jefes liberales que se habían visto obligados a marchar al exilio regresan a España para poner sus espadas al servicio de Isabel II, como hicieron Espoz y Mina y Evaristo San Miguel. Pero lo más destacable es la aparición de un nuevo grupo de generales que decidirán el curso del nuevo reinado desde su principio hasta su fin. Tales son el brigadier Espartero, el comandante León, los capitanes Narváez y O'Donnell y el porta-estandarte Serrano. En cuanto a Prim, que inició la campaña de soldado, la acabó de coronel.

A lo largo de la guerra, y merced al sistema de quintas, el ejército isabelino movilizó unos trescientos treinta mil hombres, a los que deben añadirse otros cincuenta y cinco mil que sirvieron en los cuerpos francos, unidades de voluntarios cuyos miembros recibían el nombre de «peseteros», por ser éste el jornal que ganaban cada día. Si a estos efectivos unimos los de la Milicia Nacional armada, nos encontramos con un total cercano al medio millón de hombres, con lo

que ello supone para un país que tenía poco más de doce millones de habitantes, máxime si se tiene en cuenta que había otro bando en liza. Claro que estos efectivos no permanecieron nunca sobre las armas de manera simultánea, pues las bajas eran muy numerosas, y pese a las continuas reclutas el ejército isabelino estabilizó sus efectivos en algo más de doscientos mil hombres a partir de septiembre de 1836. De ellos, unos cien mil se destinaban al ejército del Norte, mientras que el del Centro, que había de hacer frente a los carlistas de El Maestrazgo, reunía a unos treinta mil, al igual que el de Cataluña. El resto se encontraba desperdigado por toda la Península, combatiendo contra las partidas alzadas por los defensores de don Carlos.

Dado que la mayor parte de sus efectivos procedían de las quintas, lo que no implicaba ninguna afinidad ideológica ni dinástica con el bando isabelino, la deserción alcanzó bastante importancia en las filas de la Reina, situándose por encima de los sesenta mil hombres, buena parte de los cuales pasaron a engrosar las filas del Pretendiente.

Como consecuencia de la guerra, el ejército adquirió un protagonismo cada vez mayor en el campo político, protagonismo que ya pudo apreciarse en fecha tan temprana como enero de 1834, cuando Cea Bermúdez hubo de dimitir como consecuencia de las exposiciones hechas en su contra por los generales Llauder y Quesada. Para evitar tales problemas, los sucesivos Gobiernos colocaron al frente de las tropas a jefes de su confianza, pero ello no arregló la cuestión, pues los partidos de oposición se dedicaron entonces a captar los subalternos y alentar sublevaciones militares que costaron la vida a varios generales isabelinos, como Canterac, Quesada, Sarsfield y Ceballos Escalera. El efecto de tales algaradas sobre la disciplina no podía menos de ser desastroso, y así lo comprendió Espartero, que a finales de 1837 pasó por las armas a varios de quienes habían participado en los motines del verano anterior.

Tanto el Estado Mayor, como la caballería y la artillería sufrieron cambios a lo largo de la contienda. Los lanceros, fuerza hasta entonces poco introducida en el ejército español, fueron potenciados para hacer frente a las unidades de este tipo creadas por los carlistas. Con más lentitud se tomaron las medidas necesarias para conseguir una artillería eficaz para luchar contra los facciosos, pues sólo a finales del conflicto, durante la permanencia del general Alaix en el Ministerio de la Guerra, se hizo una clara apuesta por la artillería a lomo, única susceptible de ser utilizada con facilidad en buena parte de los escenarios de la guerra.

Un problema al que pronto se hubo de hacer frente fue al de la falta del material necesario para equipar a los cientos de miles de hombres puestos sobre las armas. En este aspecto (como en tantos otros) resultó fundamental la ayuda de Inglaterra, donde se pudieron adquirir cerca de cuatrocientos mil fusiles y setenta cañones.

En cuanto al coste del conflicto, tan sólo el dinero pagado a través del Ministerio de la Guerra ascendió a 4.376 millones de reales, cifra equivalente al total de lo obtenido merced a las desamortizaciones de Mendizábal y Espartero. Para comprender lo que ello suponía para la maltrecha economía española basta resaltar que entre 1835 y 1838 el total de los ingresos del Estado ascendió a 2.409 millones de reales, y el de los gastos del Ministerio de la Guerra a 2.764, lo que pone en evidencia la importancia de la ayuda económica recibida desde el extranjero.

El cuadro anteriormente esbozado del ejército isabelino quedaría incompleto si no resaltáramos la importancia del papel jugado por la Milicia Nacional, cuyo origen se encuentra en la Constitución de 1812, y que llegó a tener unos seiscientos mil miembros. Debe señalarse que la pertenencia a la Milicia era obligatoria, lo que explica que en muchas ocasiones no resultara muy de fiar, como se puso reiteradamente de manifiesto durante las expediciones carlistas al interior

de la Península, donde no fue infrecuente que los milicianos se presentasen a los jefes legitimistas con sus armas y equipos. Es más, cuando las tropas de Zaratiegui se presentaron ante Segovia, en agosto de 1837, el gobernador isabelino de la plaza hizo desarmar a la mitad de la Milicia Nacional, que se había negado a combatir contra los carlistas, «para evitar hiciese mal uso de sus armas», o sea, que se pasase al enemigo. En los choques mantenidos con tropas regulares carlistas, quedó numerosas veces en evidencia que los milicianos no constituían una fuerza de excesivo valor militar. Pero, a pesar de todo ello, la importancia de la Milicia Nacional a la hora de explicar el triunfo de las fuerzas isabelinas es difícilmente exagerable, pues sus efectivos fueron suficientes para hacer frente a las partidas carlistas en la mayor parte de España, permitiendo así que el ejército isabelino pudiera concentrar el grueso de sus efectivos sobre los escenarios principales de la guerra.

Los ejércitos carlistas

Como ya hemos señalado, a la muerte de Fernando VII ninguna unidad del ejército regular se sublevó a favor de don Carlos. Si lo hicieron, por el contrario, gran parte de los batallones de voluntarios realistas de Navarra, Vascongadas, La Rioja y Burgos, así como algunos del resto de Castilla la Vieja y del Maestrazgo. Pero este alzamiento inicial fue pronto sofocado y los carlistas tuvieron que crear sus ejércitos partiendo prácticamente de la nada. Y decimos ejércitos porque, a diferencia de lo que ocurre con los isabelinos, los carlistas no tuvieron un ejército, sino tres, con orígenes y evoluciones muy diferentes.

Ejército carlista del Norte

Después de que el alzamiento inicial de las provincias vasconavarras fuese sofocado por las tropas isabe-

linas, el ejército carlista del Norte fue organizado por el coronel Tomás de Zumalacárregui, que contó para ello con la colaboración de numerosos oficiales depurados durante el último año de Fernando VII. Cerca de cuarenta generales y otros tantos coroneles, que habían obtenido sus grados con anterioridad a 1833, pasaron en uno u otro momento por las filas del ejército del Norte, que, sin embargo, no dejó de contar con bastantes oficiales improvisados, como pudo observar Lord Ranelagh cuando trató de convencer a varios de ellos de que debían enseñar a maniobrar a sus tropas para que pudieran hacer frente a la caballería: «*Todos ellos contestaron que no molestaban sus cabezas con tácticas militares, porque no eran soldados regulares; habían venido sólo para servir a su Rey, y tan pronto como le hubieran llevado a Madrid pensaban dejar el servicio y retirarse a sus casas*».

Desde mediados de 1834 el sistema de quintas se implantó con regularidad en las filas de este ejército, que a partir de 1835 mantuvo sobre las armas unos efectivos superiores a los treinta mil hombres. A diferencia del las tropas cristinas, donde se conservó el tradicional sistema de numeración y organización de los regimientos, los carlistas organizaron sus fuerzas en batallones compuestos por naturales de la misma provincia, cuyo conjunto componía una división. Hubo así batallones castellanos (formados fundamentalmente con desertores del ejército isabelino y con voluntarios unidos a las diversas expediciones), navarros, guipuzcoanos, vizcaínos, alaveses y cántabros, pues no hay que olvidar que los legitimistas llegaron a controlar buena parte de la provincia de Santander. La caballería, que nunca pudo equipararse a la isabelina en cantidad ni en calidad, adoptó la misma organización, mientras que artillería e ingenieros permanecieron centralizados y llegaron a alcanzar un notable desarrollo, como prueba la perfección de los cañones fundidos durante la guerra y de las

fortificaciones realizadas. Como reserva del ejército actuaron las unidades de voluntarios realistas, organizadas también por provincias, y que al parecer nunca llegaron a estar completamente armadas.

Financiada en gran medida por las corporaciones locales, pues el Estado carlista nunca alcanzó un gran desarrollo al desenvolverse sobre territorio foral, la guerra supuso una pesada carga para los pueblos, como prueba el hecho de que la diputación de Vizcaya de gastara en menos de seis años su presupuesto de más de un siglo².

Ejército carlista del Maestrazgo

Al igual que en el Norte, la guerra en el Maestrazgo comenzó con un alzamiento de voluntarios realistas, rápidamente reprimido por las autoridades isabelinas. A partir de entonces proliferaron pequeñas partidas que, poco a poco, fueron unificándose bajo el mando de Carnicer, un antiguo oficial de la Guardia Real. En marzo de 1835, tras la muerte de Carnicer, el mando es asumido por Ramón Cabrera, que se convertirá en una de las figuras más relevantes del conflicto, y que de manera lenta, pero relativamente constante, irá imponiendo el dominio de sus armas. Así, mientras que los demás ejércitos carlistas estabilizan en fechas relativamente tempranas sus efectivos, en el Maestrazgo éstos aumentan de forma constante, como puede verse en el siguiente cuadro:

| <i>Fecha</i> | <i>Efectivos</i> |
|--------------|------------------|
| XII-1834 | 1.500 |
| XII-1835 | 4.000 |
| XII-1836 | 7.500 |
| XII-1837 | 15.000 |
| XII-1838 | 20.000 |
| XII-1839 | 26.000 |

² LAZARO TORRES, R. M., *La otra cara del carlismo vasconavarro (Vizcaya bajo los carlistas. 1833-1839)*, Mira editores, Zaragoza, 1991.

El sistema de quintas, introducido por vez primera en diciembre de 1837, tuvo como objeto no tanto la consecución de más soldados, sino de dinero, pues el servicio militar podía redimirse pagando una cantidad en metálico. Para Cabrera el problema nunca fue el número de hombres de que podía disponer, sino la falta de armas, que tan sólo podían adquirirse a costa del enemigo, pues a diferencia de lo que ocurría en Navarra y Vascongadas en la zona no había tradición de armeros. No obstante, al final de la guerra los carlistas del Maestrazgo habían logrado establecer sus propias fundiciones de artillería en Morella y Cantavieja, y también tenían una academia militar en la que formar a sus oficiales, al igual que el resto de los ejércitos carlistas.

Ejército carlista de Cataluña

La fuerte represión sufrida por los ultrarrealistas del Principado tras el alzamiento de los *malcontents* explica que en Cataluña no surgieran más que pequeñas partidas a lo largo de 1833, partidas que se fueron consolidando a lo largo del tiempo, pero debido a la falta de un jefe con el suficiente prestigio actuaban de forma escasamente coordinada. Consciente de la necesidad de unificar el mando en el Principado, don Carlos envió diversos generales para que procediesen a regularizar la guerra, pero, pese a los prometedores inicios de un Guergué o un Urbiztondo, lo cierto es que tal objetivo no pudo conseguirse hasta la llegada del Conde de España, a mediados de 1838. Con el Conde de España el ejército carlista de Cataluña adquirió la unidad y disciplina necesarias para batirse de igual a igual con sus oponentes cristinos, como pudo observarse en los últimos meses de la guerra. Los efectivos de este ejército, donde se implantó el sistema de quintas en fecha tan tardía como junio de 1838, pueden estimarse en unos trece mil hombres, fecha que se mantiene estable desde 1836.

Las guerrillas

La guerra carlista es la gran guerra de guerrillas de la España del siglo XIX.

Durante la contienda de 1808-1814 ejército y guerrillas tuvieron un origen y una dinámica diferentes, e incluso se ha señalado que la fuerza de las segundas es una de las causas de la debilidad del primero. En la campaña realista de 1820-1823 los absolutistas no consiguieron, a pesar de sus intentos, llegar a formar un verdadero ejército, lo que se puso en evidencia con el fracaso militar de la regencia de Urgell. La Primera Guerra Carlista es, por tanto, el único ejemplo de la fuerza real que podía tener una sublevación popular abandonada a sí misma, sin apoyo militar extranjero ni cooperación de un ejército regular preexistente.

La distribución geográfica de estas guerrillas es similar a la de la campaña de 1820-1823, con la salvedad de aquellas zonas donde consiguen consolidarse ejércitos regulares. Galicia, el Noreste de Castilla la Vieja, La Mancha y Valencia (donde la actividad guerrillera irá disminuyendo al aumentar la zona de influencia de las tropas de Cabrera), son las regiones donde su actividad es más intensa, aunque su presencia se deja sentir en casi toda la Península. A su frente encontramos tanto a antiguos guerrilleros de la guerra de la Independencia y la campaña realista (Merino, Mir, Adame...) como voluntarios que se distinguen por primera vez en la lucha (Balmaseda)

La vida del guerrillero no es fácil, pues muchas veces inicia su campaña sin armas dignas de tal nombre (palos, piedras, aperos de labranza...), y en caso de ser cogido prisionero lo habitual es que sea pasado por las armas. Los cadáveres de sus jefes, descuartizados, se colocaban en los puntos que habían presenciado sus acciones para que sirvieran de aviso a quienes desearan imitarles. Los efectivos de las guerrillas, muy diversos según las zonas y las épocas, son casi imposibles de cuantificar, aunque tal vez pudieran cifrarse en

unos diecisiete mil hombres a mediados de 1838. En la Mancha su fuerza llegó a ser tal que pudieron establecer una academia militar para instruir a sus hombres, academia que tuvo su sede primero en Guadalupe y luego en Alía. En otras regiones, por el contrario, buena parte de los guerrilleros siguieron haciendo su vida normal, y tan sólo se reunían esporádicamente para llevar a cabo un golpe previamente estudiado. Para hacerles frente, el ejército isabelino tuvo que destinar a cubrir su retaguardia cerca de la cuarta parte de sus efectivos y si este despliegue no alcanzó proporciones aún mayores se debió a la labor desarrollada por la Milicia Nacional.

EVOLUCIÓN Y DESARROLLO DE LA PRIMERA GUERRA CARLISTA

El alzamiento carlista de 1833

A la muerte de Fernando VII se pone en marcha lo que quedaba de la compleja estructura creada por la Junta de Madrid. El primer levantamiento tuvo lugar en Talavera de la Reina, el 2 de octubre, pero fue pronto reprimido y sus promotores pasados por las armas.

El 2 de octubre de 1833 se conoce en Bilbao la muerte de Fernando VII. Acto seguido la Diputación se reúne para ver las medidas a tomar. Mientras, el alcalde y el comandante Gómez mandan tocar llamada general para los paisanos armados (voluntarios realistas). Inmediatamente, los pueblos de los alrededores siguen su ejemplo. Pedro Pascual de Uhagón, jefe del grupo cristino de la Diputación, trata de controlar el movimiento y confía para ello en la influencia del brigadier Zabala, que no hace nada para oponerse a los amotinados. El día 3 los sublevados desbordan a los miqueletes colocados para defender a la Diputación,

que confraternizan con ellos, irrumpen en la reunión, y se hacen con el control de la capital³.

En Vitoria la sublevación se produce algo más tarde, pues Valentín de Verástegui, jefe de los voluntarios realistas, espera a que salga de la ciudad el ejército regular para proclamar a Don Carlos. En San Sebastián y Pamplona el caso es diferente, pues, si bien las diputaciones son mayoritariamente carlistas, la presencia de fuertes destacamentos militares impide que lleven a cabo ningún tipo de acción. No obstante, la guerra se extiende rápidamente por Guipúzcoa y Navarra.

Para explicar el éxito del alzamiento carlista en las provincias forales suele aducirse que vascos y navarros se lanzan a la lucha para defender sus fueros, pero apenas hay nada que sirva para documentar tal aserción al inicio de la guerra (las alusiones carlistas a los fueros suelen ser posteriores). En realidad, si esta zona apoya tan decididamente a Don Carlos desde el primer momento se debe a que el régimen foral entonces vigente colocaba los resortes de poder en manos de los más representativos e influyentes miembros de la sociedad local, y al tomar éstos partido por Don Carlos la elección popular no era dudosa, pues coincidía con sus propias convicciones, llegando en su entusiasmo a desbordar inicialmente a sus propios jefes. La relativa independencia del régimen foral frente al poder central impidió que tuviera lugar la depuración de elementos sospechosos del Carlismo con la misma intensidad que tuvo en el resto de España, donde al estallar la guerra tanto el poder civil como el militar se hallaba en manos de los cristinos.

La espectacularidad del alzamiento carlista de Navarra y Vascongadas, así como la perpetuación de la guerra en estas provincias, ha hecho olvidar los acontecimientos de la Rioja, que incluyen la subleva-

³ Biblioteca de la Real Academia de la Historia, UHAGÓN, Pedro Pascual. Fondo Pirala», leg. 9/6798-2.

ción de Logroño por Don Carlos (7-X-1833) y de Castilla-León, donde el cura Merino dirige una multitudinaria insurrección de los voluntarios realistas, cuyo centro es la provincia de Burgos. Los voluntarios de la provincia de Santander, que también se sublevan en masa, y cuentan con el apoyo vascongado, fueron prontamente derrotados en la acción de Vargas, cuyo resultado impide que el alzamiento se extienda por la cornisa cántabra. El 13 de noviembre la sublevación de Morella, en el Maestrazgo, marca el fin de los grandes alzamientos carlistas, y coincide con el inicio de la campaña del general Sarsfield, que en muy pocos días logra derrotar a los carlistas del Norte, recuperando sin dificultades Logroño, Vitoria y Bilbao. La situación parecía tan desesperada que algunos de los principales jefes legitimistas no dudaron en cruzar la frontera francesa.

El alzamiento de 1833 fue, esencialmente, un alzamiento de voluntarios realistas, afirmación que debe ser matizada, pues no es el cuerpo de Voluntarios Realistas quien se subleva a la muerte de Fernando VII, sino algunos de sus batallones. Si la sublevación de éstos no estuvo más generalizada se debe, a nuestro entender, a dos factores: la depuración efectuada con anterioridad al fallecimiento del rey y el hecho de que se trataba de un alzamiento donde en buena medida privaba el legitimismo puro, o sea, la defensa de los derechos de don Carlos frente a los de Isabel II. Por más que los realistas pudieran sentirse descontentos con las disposiciones tomadas a lo largo del último año de Fernando VII, por más que pensaran que la vuelta de los desterrados y la persecución de que habían sido objeto todos los sospechosos de defender la causa del Infante no era sino el prelude de la futura implantación del odiado liberalismo, lo cierto es que la monarquía seguía siendo tan absoluta como antes, aspecto en el que hace hincapié la propaganda gubernamental, consciente del escaso arraigo popular que tenían en nuestro país las nuevas instituciones.

La Fase Vasca de la Primera Guerra Carlista (diciembre 1833 - junio 1835)

A) La guerra en el Norte: El 5 de noviembre, cuando aún no había comenzado la debacle carlista, se presentó en las filas navarras el coronel Zumalacárregui que, aunque comprometido en la conspiración, no había sido requerido hasta entonces. A principios de diciembre, tras la entrada de Sarsfield en las provincias, las diputaciones vascongadas le ofrecen el mando de sus tropas, que Zumalacárregui mantiene operando en sus respectivos distritos para dispersar la atención del enemigo. El primer encuentro relevante tiene lugar en Nazar y Asarta, el 29 de diciembre de 1833, y en él pudo observarse la labor efectuada por Zumalacárregui durante sus primeras semanas de mando, pues aunque los carlistas acabaron cediendo el campo consiguieron batirse de igual a igual con las fuerzas isabelinas. A principios de 1834, el mando de las tropas liberales del Norte fue entregado al general Quesada, que en su día había sido jefe de la división realista de Navarra. Tras un primer intento de conciliación, Quesada emprende la guerra a sangre y fuego, pero sin mejores resultados que sus antecesores: «me sobran en el día gente para batirlos, pero me faltan catorce mil hombres para obligarlos a batirse y quitarles los recursos». Los carlistas no tenían bases territoriales permanentes y su único objetivo era causar el máximo número de bajas al ejército enemigo, para lo cual sólo presentaban batalla donde, cuando y como les convenía, con sorpresas como la de Muez, que hacían que los cristinos apenas se atreviesen a conciliar el sueño.

Pocos meses más tarde, la derrota de don Miguel dejaba libres a las tropas que al mando de Rodil habían penetrado en Portugal para capturar a don Carlos, tropas que marcharon de inmediato a luchar contra los carlistas. Zumalacárregui no recibió las armas y el dinero necesitado para hacerlas frente, pero contó con

la ayuda de un faccioso más, pues don Carlos logró unirse a sus hombres en los mismos días en que se iniciaba la ofensiva de Rodil (12 de julio). El impacto moral fue inmenso y, además, Zumalacárregui no dudó en utilizarle como señuelo para distraer al grueso de las tropas de Rodil, mientras él se dedicaba a fustigar las columnas menores, sobre las que consiguió diversas victorias.

En septiembre fue enviado Espoz y Mina, que no obtuvo mejores resultados. En mayo de 1835, considerándose ya lo suficientemente fuerte, Zumalacárregui emprende una campaña para conseguir el control militar del Norte, apoderándose de numerosas guarniciones liberales, derrotando a las columnas que acudían en su socorro, y obligando a los cristinos a concentrar sus tropas sobre las capitales de provincia y Miranda de Ebro. Parecía el momento de comprobar si los carlistas eran capaces de emprender la ofensiva definitiva, pero aunque Zumalacárregui hubiera deseado apoderarse de Vitoria, para luego marchar sobre Madrid, recibió orden de ocupar Bilbao, cuya conquista se consideraba imprescindible para obtener recursos en el extranjero. Herido durante el sitio de la plaza, Zumalacárregui falleció, víctima de los médicos, el 24 de junio de 1835.

B) La guerra en el resto de España: En Cataluña tenemos pequeñas partidas, que van cobrando fuerza con gran lentitud. En este periodo cabe reseñar la derrota de Carnicer en Mayals, el 10 de abril de 1834, cuando al frente de 3.500 hombres procedentes del Maestrazgo trataba de pasar al Principado a potenciar la guerra, y el desembarco y fusilamiento del mariscal Romagosa a finales de septiembre del mismo año. En el Maestrazgo, tras la represión del alzamiento inicial, Carnicer consigue crear un pequeño ejército, que como hemos visto fue batido al tratar de pasar a Cataluña. A principios de 1835, Cabrera, que acababa de regresar de una breve visita al real de don Carlos, se hace cargo del mando. Carnicer, que reci-

be orden de pasar al Norte, es reconocido y fusilado durante el trayecto. Aunque a mediados de 1835 los efectivos de esta región eran posiblemente menores que los de Cataluña, ya daba la impresión de que había esperar más de los mismos que del desordenado batallar del Principado.

La época de las expediciones (junio 1835-junio / julio 1838)

A) La guerra en el Norte: Tras la muerte de Zumalacárregui, el mando del ejército carlista recayó en el Teniente General González Moreno. Al frente del ejército liberal también encontramos a un nuevo general: Luis Fernández de Córdoba. Colocados nuevos jefes al frente de ambos ejércitos no es raro que cambiara la forma en que hasta entonces se había desarrollado la guerra. Zumalacárregui había sabido combinar acertadamente la guerra regular con la de guerrillas. Su ejército, capaz de batirse ordenadamente sobre el campo de batalla, se diseminaba por batallones después de cada acción, a fin de poder subsistir más fácilmente; sus tropas no ocupaban puntos fijos, y las constantes marchas y contramarchas tenían continuamente en movimiento al enemigo, que tan pronto era perseguidor como perseguido. A partir de su muerte las fuerzas carlistas permanecerán siempre reunidas y al concentrarse sobre la línea de Arlabán, a fin de impedir las incursiones enemigas dentro de las provincias, estrecharán el campo de sus operaciones y dejarán a los liberales la tranquilidad necesaria para instruir y disciplinar sus quintos. Cedían también buena parte de su iniciativa, pues no eran ya solamente los carlistas quienes elegían sus puntos de ataque, sino que Córdoba tenía opción de hostilizar cualquiera de las posiciones que trataban de mantener.

Pudo así formar sus famosas líneas de bloqueo, con las que se proponía impedir que los carlistas recibiesen los suministros que necesitaban para sobrevivir.

El 15 de julio de 1835 González Moreno presentó batalla en Mendigorria con el grueso de sus tropas, siendo derrotado por Córdoba. Poco después será sustituido por el teniente general Nazario Eguía, que reestructura el ejército y se dedica a conquistar las escasas guarniciones liberales que aún quedaban en zona carlista, a excepción de las capitales de provincia. A pesar de sus éxitos, Eguía no era querido por las tropas y presentó su renuncia en junio de 1836, renuncia debida en gran parte a su oposición al sistema de expediciones. Fue sustituido por Villarreal, que en diciembre de 1836 fracasa en su intento de tomar Bilbao, liberada por Espartero tras la acción de Luchana. Los liberales consideran ahora llegado el momento de poner fin a la guerra y el general Sarsfield planea el movimiento convergente de tres columnas sobre el corazón del territorio carlista. Pero los legitimistas se enteraron de los preparativos y el nuevo jefe del ejército, el infante don Sebastián Gabriel, logró conjurar el peligro, derrotando a los británicos en Oriamendi.

Tras la vuelta de la expedición Real (octubre de 1837) y la alocución de Arciniega pone de manifiesto las graves disensiones existentes dentro del ejército carlista. El sector «apostólico» parece haberse hecho con el favor del monarca y varios generales «moderados» son separados del mando e incluso procesados. El general Guergué, uno de los más caracterizados dentro del partido apostólico, ostenta el mando hasta mediados de 1838, en que tras la pérdida de Peñacerrada, es sustituido por Maroto, quien, pese a haber fracasado estrepitosamente durante su breve mando en Cataluña, tenía el apoyo de numerosos cortesanos.

B) Las expediciones: A partir de 1835 y, sobre todo, de 1836, dentro de las filas carlistas habrá un intenso debate sobre la conveniencia o no de enviar expediciones militares al interior de la Península. Sus partidarios mantenían que, dada la proclividad hacia el Pretendiente de la mayor parte de los españoles, bastaba que una columna militar pudiera llegar al punto ele-

gido para hacer de la región una nueva Navarra. Sus enemigos mantenían que perseguidas por tropas muy superiores, cortadas sus comunicaciones con la base de operaciones, su destrucción era inevitable y que los esfuerzos debían centrarse en una expansión en mancha de aceite desde el territorio ya ocupado.

Las más importantes fueron las siguientes:

Expedición de Guergué (agosto-noviembre 1835) con dirección a Cataluña. Coincide con la agitación creada por la quema de conventos realizada pocos meses antes y logra aglutinar en su torno a más de 20.000 hombres, pero se ve forzado a regresar debido al deseo de sus tropas de volver a Navarra.

Expedición de Gómez (junio-diciembre 1836). Su objetivo era establecer la guerra en Asturias y Galicia, pero al no conseguirlo realizó durante seis meses un asombroso recorrido por el interior de la Península que le llevó, entre otros muchos lugares, a Oviedo, Santiago, León, Palencia, Utiel —donde se le une Cabrera—, Albacete, Córdoba, Cáceres, Ronda y Gibraltar. La expedición, que regresó al Norte con más fuerzas de las que habían abandonado las Provincias, llegó a tener tras de sí más de 25.000 hombres y dio lugar a fuertes disensiones entre los jefes liberales encargados de su persecución, pero también retrasó el desarrollo de la guerra en el Maestrazgo y permitió observar que de nada servía el apoyo que pudieran suscitar a su paso las tropas carlistas, pues la superioridad de las fuerzas que las perseguían hacía imposible que estableciesen la guerra en lugar alguno.

Expedición Real (mayo-octubre 1837). Tras la sublevación de los sargentos de la Guardia Real en La Granja (agosto de 1836), María Cristina consideró su situación poco segura y entró en tratos con don Carlos a través de la corte de Nápoles. Se llega a un acuerdo según el cual don Carlos ocuparía el trono, casando al mayor de sus hijos con Isabel II. Para ello era necesario que el Pretendiente se acercase a Madrid, momento en que la Gobernadora se uniría a sus filas. Al fren-

te de 12.000 hombres, y tras diversas vicisitudes, don Carlos llega a Madrid el 12 de septiembre de 1837, pero María Cristina no cumple su parte del acuerdo y los carlistas no se deciden a atacar la capital. La opción era correcta desde el punto de vista militar, pues para poder ocuparla con seguridad era necesario derrotar antes a las tropas de Espartero, que marchaban en su persecución. Fracasada la sorpresa que se intentó sobre éste en Alcalá de Henares, la expedición se retiró al Norte de Castilla, donde coincidió con las tropas de Zaratiegui.

Expedición de Zaratiegui (julio-octubre 1837). Enviada para distraer algunas de las fuerzas que perseguían a don Carlos, la expedición de Zaratiegui puede considerarse la más afortunada de cuantas emprendieron los carlistas, lo que debe ponerse en relación directa con los escasos efectivos que los isabelinos pudieron emplear en su persecución. El 4 de agosto la expedición penetró en Segovia, donde formó un batallón de voluntarios y acuñó moneda aprovechando las instalaciones allí existentes. El 12 se acercó a las puertas de Madrid, presentando batalla en las Rozas, y acto seguido se dirigió hacia Valladolid, ciudad donde formó nuevos batallones de voluntarios, al igual que hizo en la provincia de Burgos, quedando durante varias semanas gran parte de Castilla la Vieja bajo el control de las armas carlistas. Cuando se une a la expedición Real en Aranda de Duero la expedición dispone de más de 10.000 hombres, habiendo más que duplicado sus efectivos iniciales. Sin embargo, la superioridad numérica de las tropas isabelinas que marchaban en pos de don Carlos obligó a ambas expediciones a abandonar Castilla y retirarse a las Provincias.

No fueron éstas, y es importante resaltarlo, las últimas expediciones carlistas, pues en 1838 tuvieron lugar la de don Basilio, destinada a establecer la guerra en La Mancha, y la del Conde de Negri, que debía hacer lo propio en Castilla la Vieja. Aunque ambas columnas comenzaron su cometido con buenos augu-

rios (llegada sin problemas a La Mancha, conquista de Segovia), no tardaron en ser derrotadas por las tropas enviadas contra ellas, siendo la primera vez que dos expediciones carlistas no regresaron a su base. A partir de este momento, pero no antes, puede considerarse que los carlistas perdieron la iniciativa militar en el Norte, sin que eso signifique que la tomaran sus contrarios.

C) *La guerra en el Maestrazgo*: A partir de mayo de 1836 Cabrera consolida su dominio sobre la zona de Cantavieja, donde establece su capital, conquistada por los isabelinos durante la época en que Cabrera permanece con Gómez, y nuevamente recuperada en abril de 1837. El paso de la expedición Real, aunque desde el punto de vista militar no fue positivo para Cabrera, le dio un aire de respetabilidad del que hasta entonces carecía, pues el Monarca le confirmó en el mando. En enero del 38 los carlistas ocupan la plaza de Morella y poco después tiene lugar un intento de sorprender Zaragoza (5 de marzo). A partir de aquí las operaciones se centran en los preparativos que hacen los liberales para reconquistar Morella y los carlistas para defenderla.

D) *La guerra en Cataluña*: Tras el espectacular alzamiento que tiene lugar durante la expedición de Guergué, la situación vuelve a su cauce y los combates se sitúan en torno al santuario de Nuestra Señora del Hort, donde había numerosos prisioneros liberales, a los que se creyó habían fusilado los carlistas, lo que dio lugar a que fueran asaltadas las cárceles de Barcelona y asesinados los prisioneros legitimistas que allí se encontraban, entre ellos un hermano del general O'Donnell. Tomado el santuario en enero de 1836, la guerra continuó sin excesivas novedades hasta la llegada en agosto del general Maroto, nombrado por don Carlos comandante general del principado, que tras diversos fracasos regresa a Francia.

Mejor fortuna tuvo el general Urbiztondo, a quien se encarga el mando del Principado durante la expedi-

ción Real y que consigue diversos éxitos, como la toma de Berga, que se convierte en la capital de los carlistas. Sin embargo, los enfrentamientos de Urbiztondo con la Junta del Principado llegan a tal extremo que debe abandonar Cataluña a principios de 1838. En el mes de julio, la llegada del Conde de España imprimiría al conflicto nuevas dimensiones.

E) Resto de España: En esta época destaca la importancia de las partidas de La Mancha, que viven su período de apogeo durante 1837 y la primera mitad de 1838, hasta la llegada del ejército de reserva, al mando de Narváez, que les ocasiona un grave quebranto. También es un período propicio para las de Castilla la Vieja, al mando de Merino y Balmaseda.

El giro a Levante (junio / julio 1838 - 31 agosto 1839)

A) La guerra en el Norte: Aunque los más sobresaliente del período comprendido entre principios del verano de 1838 y finales de la misma estación de 1839 es el desplazamiento del centro de gravedad de la guerra hacia el Este de la Península, no por ello debemos hacernos una falsa impresión de lo realmente ocurrido en el Norte a lo largo de estos meses. En la segunda mitad de 1838 sólo se registran en esta zona tres combates de importancia, de los que dos son ganados por los carlistas (El Perdón, Los Arcos y La Población). Además, desde el punto de vista territorial, los carlistas del Norte se encuentran en su máxima expansión, pues si bien han perdido terreno en la rioja alavesa, se han extendido notablemente por la provincia de Santander (controlan cerca de la mitad de la provincia)

Pero es en esta época cuando salen a la luz con mayor virulencia las divisiones internas del partido carlista. Con el fin de deshacerse del Ministerio encabezado por Arias Teijeiro, los cortesanos de don Carlos habían maniobrado para conseguir que Maroto fuese nombrado jefe del ejército. Una vez tomado el mando, Maroto separó de las filas a todos los jefes marcados

por su adhesión al partido apostólico y los reemplazó por otros de su confianza. Desde finales de 1838 corrieron rumores de que Maroto estaba en contacto con Espartero para poner fin a la guerra, pero don Carlos se negó a destituirle, y tampoco se decidió a prescindir del Ministerio pese a las peticiones de Maroto. Dispuesto a poner fin a la cuestión, a mediados de febrero Maroto se presentó en Estella y ordenó fusilar a los generales navarros, cabeza militar del partido apostólico y posible apoyo castrense de Arias Teijeiro. Aunque la primera reacción de don Carlos fue declararle traidor, la falta de generales que secundasen sus instrucciones le obligó a transigir y desterrar a los políticos y militares indicados por Maroto.

Contra lo que a veces se ha afirmado, el núcleo de los desterrados no estaba compuesto por la camarilla de don Carlos (en su mayor parte favorable al golpe), sino por los representantes del poder civil y los militares que se hallaban dispuestos a mantenerlo. Así, el golpe de Estado protagonizado por Maroto supone de hecho la implantación en el campo carlista de una práctica que ya se había hecho común en la España liberal: la preponderancia del ejército sobre el Estado. Pero mientras el triunfo del liberalismo español había estado ligado a una larga serie de alzamientos castrenses, éstos eran incompatibles con la propia esencia de la monarquía absoluta.

A partir de aquí parece claro que los movimientos de Maroto no están determinados por fines militares, sino políticos, y son fruto de sus conversaciones con Espartero. Maroto no puede permitirse combatir, pues si pierde desaparece su prestigio y si gana eleva la moral de sus tropas, con lo que se dificultaría la paz. Espartero aprovecha la situación para presionarle y Maroto debe ir cediendo terreno. Se esparce entre los batallones la voz de que se va a llegar a una paz honorable, rumor que al cundir entre las filas del ejército no hacía sino debilitar su moral. A principios de agosto se sublevan contra Maroto diversos batallones navarros,

lo que perjudica su posición en las conversaciones que mantenía con Espartero. Al final, en vez de una paz honorable, que hubiera contemplado un matrimonio entre Isabel II y el hijo de don Carlos, el Convenio de Vergara tan sólo contiene el reconocimiento de los grados alcanzados por los militares que habían servido en las filas carlistas y una vaga promesa sobre el reconocimiento de los fueros. El 31 de agosto, y sin conocer los términos exactos de la paz que se ha acordado, comparecen en Vergara los batallones carlistas de Castilla, Guipúzcoa y Vizcaya.

Quedaba sobre las armas cerca de la mitad del ejército carlista, pero estaba a las órdenes de generales que si bien no se habían acogido al Convenio habían colaborado con Maroto, y carecían por tanto de la fuerza moral necesaria para conducir a las tropas, sabiendo por otra parte que, si entregaban el mando a los representantes del bando apostólico, su situación hubiera sido incierta. A mediados de septiembre don Carlos se vio forzado a cruzar la frontera francesa, terminando poco después la guerra en el Norte.

B) La guerra en el Maestrazgo: A finales de julio de 1838, y tras realizar numerosos preparativos, el general Oráa emprendió las operaciones sobre Morella, que terminaron un mes más tarde con un estrepitoso fracaso, siendo los liberales víctimas de la publicidad que habían dado a este acontecimiento, y contándose entre sus repercusiones la caída del ministerio encabezado por el conde de Ofalia. El 1 de octubre el general Pardiñas era derrotado y muerto en la batalla de Maella, quedando en manos de Cabrera más de tres mil prisioneros. Cabrera centra sus esfuerzos en organizar un amplio sistema de fortificaciones e irse extendiendo hacia Castilla, con el propósito de revitalizar las partidas de La Mancha y caer sobre Madrid. El 31 de agosto de 1839, el mismo día que tenía lugar el Convenio de Vergara, Cabrera derrotaba a la división liberal de Cuenca y hacía cerca de 2.500 prisioneros.

C) La guerra en Cataluña: En Julio de 1838 entraba en Cataluña el conde de España, que eludió en la medida de lo posible los enfrentamientos con las tropas liberales para proceder a organizar las tropas de su mando, que pronto estuvieron a la altura de cualquier ejército regular. En su época se incrementaron los contactos con los carlistas del Maestrazgo, que incluso enviaron a Cataluña algunas unidades de caballería. Las únicas acciones dignas de mención son las mantenidas en torno a Solsona, enclave liberal en territorio legitimista que periódicamente debía recibir suministros para poder subsistir.

D) Resto de España: A pesar de los éxitos que obtuvo contra los carlistas, Narváez fue separado del mando del ejército de reserva, disuelto poco después, coyuntura que fue aprovechada por los carlistas manchegos para reorganizarse. En Castilla la Vieja la actividad es muy intensa en la última mitad del 38, pero decae debido a la enemistad de Merino y Balmaseda con Maroto, que se niega a facilitarles los elementos necesarios para continuar sus campañas. En Galicia, tras un período de declive a mediados de 1838, la actividad se incrementa a principios de 1839.

El final de la guerra (septiembre 1839 - julio 1840)

A) La guerra en el Maestrazgo: En octubre de 1839 Espartero llega al Maestrazgo al frente de 40.000 hombres, y en un primer momento trata de provocar la división en las filas de Cabrera, al igual que había hecho antes en el Norte. Fracasada esta política, comienza su ofensiva a principios de febrero de 1840, apoderándose sucesivamente de las diversas guarniciones carlistas, algunas de las cuales, como Castellote, oponen una desesperada resistencia. Morella capituló el 30 de mayo, y el 2 de junio Cabrera, gravemente enfermo, cruza el Ebro y se refugia en Cataluña.

B) La guerra en Cataluña: Aunque las repercusiones del Convenio de Vergara tardan en hacerse notar

desde el punto de vista militar, no ocurre lo mismo en el orden político, pues el conde de España es depuesto a finales de octubre por la Junta Gubernativa, temerosa de que estuviese en contacto con los liberales. En su lugar fue puesto al frente del ejército el general Segarra, en cuya época tuvo lugar la doble batalla de Peracamps, la más importante de cuantas tuvieron lugar en el Principado a lo largo de la guerra (24-IV-1840), y en la que los cerca de doce mil carlistas presentes demostraron que podían batirse de igual a igual con las tropas más selectas del ejército isabelino. Poco después, coincidiendo con la llegada de Cabrera, Segarra se pasa a los liberales, con los que estaba en contacto desde hacía varios meses. El 6 de julio de 1840, tras comprobar que dado el grado de desmoralización existente entre sus tropas cualquier resistencia era inútil, Cabrera cruza la frontera por Berga.

C) *Resto de España*: Pese a tratarse de una guerra sin esperanza, las partidas carlistas de Galicia y La Mancha se mantuvieron aún algún tiempo en campaña e igual ocurrió en varios lugares de Valencia y Cataluña.

Pasados ciento setenta años de los acontecimientos que describimos; no es fácil comprender su auténtica magnitud, por lo que no estará de más recordar que los muertos del ejército isabelino ascendieron a 66.159 hombres, cifra superior a la de las bajas experimentadas por el ejército nacional o el ejército republicano durante la guerra de 1936-1939, y ello en una España que tan sólo contaba con la mitad de habitantes y con unos medios bélicos netamente inferiores.

LA SEGUNDA GUERRA CARLISTA

Después del Convenio, según datos oficiales franceses que publicamos en el número 5 de *Aportes*, los carlistas huidos a Francia ascendían a 26.451.

Las disensiones internas del partido se acentúan con la derrota. Por lo menos hasta 1845, Francia se ve invadida por toda una serie de folletos donde las diferentes facciones del Carlismo se echan en cara sus pecados.

No cesan tampoco las actividades carlistas en España, pues ya desde 1840, y sobre todo desde 1842, los «trabucaires» continúan la lucha en tierras catalanas y diversas partidas «latro-facciosas» actúan en el resto del país. En 1844, el general Miralles muere en un intento de reavivar la guerra en el Maestrazgo.

Los trabajos de los carlistas y de una fracción del partido moderado, encabezada por el marqués de Viluma y apoyada por Balmes, se dirigen a lograr la reconciliación dinástica por medio de una boda entre Isabel II y el hijo mayor de Don Carlos, boda que pensaban permitiría acabar con las luchas políticas de la época. Para facilitar las negociaciones, Don Carlos abdica en su hijo el 18 de mayo de 1845. El 23 de mayo, el conde de Montemolín (Carlos VI) dirige a los españoles un manifiesto en el que expone sus propósitos de «aprovechar lo mucho bueno que nos legaron nuestros mayores sin contrarrestar el espíritu de la época en lo que encierre de saludable». Pese al apoyo que le presta Don Francisco de Asís, será éste quien acabe casándose con la Reina. Los intentos de conciliación habían fracasado.

En septiembre de 1846 el conde de Montemolín se fuga de Bourges. Paralelamente, una serie de distinguidos militares carlistas escapan de los puntos donde estaban confinados. Otros fueron encerrados en la ciudadela de Blaye por orden del gobierno francés, pues se negaron a prometer que en caso de quedar libres no tratarían de evadirse. Refugiado en Londres, Montemolín mantiene conversaciones con Lord Palmerston que fracasan por su negativa a aceptar la constitución de 1837.

A finales de 1846 aumenta la actividad de las partidas catalanas, que reciben la ayuda de los emigrados.

Simultáneamente, se cursan órdenes de sublevación a jefes tan prestigiosos como Tristany. La guerra de los «Matiners» ha comenzado.

Tristany, primer jefe de los carlistas catalanes, es ejecutado en mayo de 1847. Tras el mando interino de Castells y de Brujó, Borges se hace cargo de la situación y sostiene la guerra hasta la llegada de Cabrera en julio de 1848. Ante la gravedad de los acontecimientos, el general Fernández de Córdoba sustituye a Pavía al frente de las tropas isabelinas. Su táctica, más que la de obtener una victoria militar, fue la de intentar sobornar a diversos jefes carlistas. El 16 de noviembre Cabrera consigue en Aviñó el mayor triunfo de la guerra. A partir de entonces la política de Fernández de Córdoba empieza a dar resultado y son varios los jefes que abandonan a Cabrera, si bien éste aprovecha la escasa actividad bélica para aumentar su ejército.

En numerosas regiones españolas hay intentos de sublevación, pero todos fracasan, siendo de destacar la prisión y muerte del brigadier Alzáa en Guipúzcoa, donde la insurrección puede darse por terminada en agosto de 1848. En la represión de estos movimientos actuaron algunos de los carlistas convenidos en Vergara, como Urbiztondo, Ortigosa y Andéchaga, si bien este último volvió a tomar las armas por Don Carlos en la tercera guerra.

En abril de 1849 Montemolín y sus hermanos tratan de unirse a Cabrera, pero son detenidos por aduaneros franceses. El fracaso es concluyente, pues Cabrera contaba con ellos para dar impulso a la contienda, que finalizó en mayo⁴.

LA TERCERA GUERRA CARLISTA (1872-1876)

Causas de la guerra

Tal como señala Espadas Burgos, pueden distinguirse tres tipos de factores en el trasfondo de la tercera guerra Carlista⁵.

- a) Factores religiosos: El carácter confesional que presenta el Carlismo en 1872 no es tan sólo continuación del manifestado en 1833. La caída de Isabel II y las medidas anticlericales del nuevo gobierno hicieron que los neocatólicos se unieran a las filas de Don Carlos confiriéndoles un marcado tono integrista.
- b) Factores económico-sociales: Centrados en las consecuencias de las medidas desamortizadoras y en el inicio de un proceso de industrialización que amenazaba a las estructuras tradicionales.
- c) Factores forales: La defensa de los fueros y las leyes particulares de cada región histórica, salvaguarda de la libertad, frente a la amenaza de un Estado igualitario y centralizado.

«En cada caso predominaría una razón sobre las demás (...) Para muy pocos sería la suma de las tres razones. Y casi para ninguno sería primordial ni única la razón dinástica».

No cabe duda del importante papel jugado por los factores religiosos en la época del *Syllabus*; de los socio-económicos en una etapa clave para el desarrollo español, y de los forales en pleno período de eclosión federalista; pero no por ello pensamos que deba rebajarse la importancia de la cuestión dinástica. Es más,

⁴ Sobre la guerra de los *Matiners* en Cataluña CAMPS I GIRO, J., *La guerra del matiners i el catalanisme politic (1846-1849)*, Curial, Barcelona, Curial, 1978.

⁵ ESPADAS BURGOS, M., «El sexenio revolucionario», *Historia general de España y América*. Tomo XVI-2. *Revolución y Restauración (1868-1931)*, Rialp, Madrid, 1981, pp. 240-243, tomo XIV-2.

desde nuestro punto de vista, ésta es la causa fundamental de la tercera guerra carlista, pues si no hubiera habido una primera contienda, y si no hubiera existido la dinastía que supo entonces encarnar aquellos ideales, es prácticamente impensable la confrontación de 1872-1876

LA GUERRA EN EL NORTE HASTA LA CAÍDA DE SEO DE URGEL

El convenio de Amorebieta

El comienzo de la insurrección carlista en el Norte no pudo ser más desalentador. Las guarniciones de Bilbao, Vitoria y Pamplona, en contra de lo que se pensaba, no se sublevaron a favor del Rey carlista. La falta de dinero, armas y mandos se hizo patente entre los miles de voluntarios que habían acudido a la llamada de Don Carlos. El 2 de mayo, coincidiendo con el aniversario de la rebelión antifrancesa de 1808, Carlos VII cruza la frontera y se pone a la cabeza de sus hombres. Pero apenas hay tiempo para sacar partido de su presencia, pues el día 4 es sorprendido en Oroquieta, donde se hallaban concentradas las tropas navarras y ha de ganar la frontera a uña de caballo.

En Vizcaya, donde el movimiento se propagaba rápidamente, se logran todavía algunos éxitos, como la toma de Arrigorriaga, pero la muerte de Ulibarri en Oñate y la falta de coordinación con las fuerzas de otras provincias llevan a la disgregación del ejército, firmándose el convenio de Amorebieta entre el general Serrano y la Diputación a Guerra de Vizcaya el 24 de mayo. Sus términos comprendían una amnistía para todos los participantes en el levantamiento, lo que hace que sea considerado demasiado benévolo por la mayoría de los liberales. Tampoco contará con la aprobación de Don Carlos, para el cual es poco menos que un nuevo convenio de Vergara.

Todavía hubo algunos jefes, como Carasa y Martínez de Velasco, que trataron de continuar la guerra, e incluso surgieron algunas nuevas partidas, entre las que cabe destacar la del cura Santa Cruz, pronto dispersada. En agosto puede darse por terminado el movimiento.

El alzamiento de diciembre

Mientras los carlistas catalanes mantienen la lucha en el interior de la Península, Don Carlos procede a la reorganización del partido. Arjona cesa en el puesto de secretario real y Díaz de Rada, jefe del movimiento de abril, es sustituido por Dorregaray.

El nuevo alzamiento, dispuesto para el 17 de diciembre, se retrasa hasta el 20, pero ya antes se habían lanzado al campo las partidas de Santa Cruz y Soroeta, pronto coordinadas en torno al primero.

El cura Santa Cruz es una de las más curiosas y debatidas figuras del campo carlista. Opuesto a encuadrar sus hombres en las filas del ejército regular, se convierte en poco tiempo en el más destacado de los guerrilleros del Norte. Su partida, de menos de mil hombres, actuaba preferentemente en torno a San Sebastián y la frontera francesa. Dotado de una actividad prodigiosa, tan pronto aparecía en un sitio como en otro y su efectividad era tal que varias columnas liberales compuestas por naturales del país estaban permanentemente destinadas a su persecución. Rodeado de su célebre e incondicional guardia negra, Santa Cruz se distingue por una crueldad derivada del tipo de guerra que ha escogido, donde un fallo, por pequeño que sea, se paga con la vida. Es cierto que muchas de las atrocidades que se le atribuyen carecen de base, pero no lo es menos que cuando lo creía necesario no dudaba en llevar la guerra a sangre y fuego. Independiente del mando carlista, no dudaba en asaltar los trenes que sus superiores habían prometido respetar o en desobedecer órdenes que no consideraba con-

venientes. Idolatrado por sus tropas, amado y temido por los pueblos, pudo escapar con éxito al acoso conjunto de Lizarraga y los liberales e, incluso, volvió de su refugio francés dispuesto a recuperar el mando y prender a Lizarraga.

Fracasado el proyecto, Santa Cruz abandona definitivamente el campo de batalla y se retira a la vida religiosa.

El nuevo alzamiento no reviste el carácter espectacular del anterior, pero aunque sus efectivos crezcan mucho más lentamente, también lo hacen de forma más segura. Hasta el 17 de febrero Dorregaray no penetra en España, destacando Ollo, Pérula y Lizarraga entre los jefes que hasta entonces sostuvieron la campaña. Dorregaray logra hacer frente con éxito a las tropas republicanas en la acción de Monreal, aunque luego es sorprendido en Peñacerrada. La victoria de Eraul (mayo de 1873) es algo más que el desquite de Dorregaray, es el principio de una lucha de poder a poder.

El 16 de julio Don Carlos cruza la frontera por Zugarramurdi. Alentados por su presencia, los carlistas efectúan una fulgurante ofensiva que consolida su dominio sobre Guipúzcoa, Vizcaya (donde los liberales sólo conservan Bilbao y Portugalete) y Navarra, donde culmina con la toma de Estella, capital histórica del Carlismo, el 24 de agosto. Las acciones de Allo y Dicastillo consolidan un triunfo de trascendental importancia.

La pérdida de Estella fue también un aldabonazo para el ejército republicano y el general Moriones preparó una fuerte ofensiva para recuperarla. Batido por Ollo en Santa Bárbara de Mañeru, efectúa un segundo intento al frente de 17.000 hombres que culmina con la nueva derrota de Montejurra.

En enero de 1874 los carlistas se apoderan de Portugalete y las fortificaciones adyacentes cortando así las líneas exteriores de Bilbao. El sitio ha comenzado.

El sitio de Bilbao

Para ser reconocidos internacionalmente como potencia beligerante y lograr una mayor facilidad en la obtención de recursos, los carlistas necesitaban ocupar una ciudad de importancia. A instancias de Andéchaga se optó por Bilbao. Quizás hubiera sido más provechoso un intento sobre Vitoria, clave de la llanada alavesa, pero no cabe duda que la toma de Bilbao, donde se habían estrellado repetidas veces durante la primera guerra carlista, tendría una mayor repercusión tanto a nivel nacional como internacional.

La historiografía presenta siempre a Bilbao como la ciudad liberal que se opone al tradicionalismo de la población rural. Ya hemos hablado de esto al abordar la guerra de 1833-40 y no estará de más que incidamos de nuevo sobre el tema, pues las circunstancias habían cambiado. En efecto, cabría esperar que el mayor desarrollo de la burguesía bilbaína y la incipiente industrialización hubieran modificado la ideología de la capital, pero no es así. Prescindiendo de que se llevara bien o mal con el resto de Vizcaya, Bilbao seguía siendo una ciudad mayoritariamente carlista. En 1870, la Diputación Foral y cuarenta miqueletes abandonaron la capital y proclamaron a Don Carlos, pero perseguidos por la guarnición fueron pronto batidos. Pese a este revés, tanto en las elecciones de 1871 como en las de 1872 (últimas a las que concurren los Carlistas), Bilbao elige como diputado a un carlista, exactamente igual que los demás distritos electorales de Vizcaya. Y debe recordarse que nos encontramos ante unas elecciones hechas mediante sufragio universal masculino y donde las presiones contra los candidatos carlistas por parte de las autoridades gubernamentales fueron constantes.

De todas formas, el Bilbao de 1872 es un Bilbao anterior al sitio. Cuando éste se inicia, sus 28.000 habitantes se han reducido a 18.000. De los emigrados, parece ser que los liberales marcharon a Santander y

los carlistas a Bayona, pero también es lógico suponer que muchos de los últimos debieron unirse a las tropas de Carlos VII, al igual que ocurre en Vitoria. No sería extraño que tras este éxodo su población fuera mayoritariamente liberal, sobre todo si se tiene en cuenta que era el punto de refugio de los liberales vizcaínos que no deseaban abandonar el Señorío.

Los carlistas encargaron del sitio a los batallones de Bilbao, Marquina, Durango, Guernica y Munguía, al frente de los cuales se encontraba el marqués de Valdespina. La artillería, al mando del brigadier Maestre, se componía de algunos cañones de hierro «*que habían servido en los muelles para amarrar los cables de los barcos*»⁶. Dada su escasez e ineffectividad, se decidió el bombardeo a Bilbao, en el que los morteros habrían de ser el elemento básico, y más con la intención de atemorizar a los defensores que con la de dañar las fortificaciones que protegían la plaza. Por si fuera poco, varias de las improvisadas baterías se hallaban bajo el tiro enemigo, cuya artillería era muy superior. La guarnición, al mando del general Castillo, se componía de alrededor de tres mil quinientos hombres, que con el refuerzo de auxiliares y movilizados llegaba a los cinco mil.

El día 19 de febrero se anunció a los bilbainos que se iba a iniciar el bombardeo y que los súbditos extranjeros, las mujeres, y cuantos no se creyeran útiles para la defensa disponían de veinticuatro horas para abandonar la ciudad. Marco y Valencia recoge cómo, mientras tenía lugar la evacuación, carlistas y liberales dialogaban amigablemente en las trincheras de estos últimos. En la noche del 20 al 21 comenzó el cañoneo.

Los escasos medios de que disponían las fuerzas carlistas para atacar la ciudad hicieron que la vida no fuera excesivamente difícil para sus habitantes, si bien hubo partes especialmente castigadas, progresivamente abandonadas por sus moradores. De todas formas la migración más frecuente era la vertical, pues se pasaba de los pisos altos a los sótanos para sustraerse a la amenaza de las bombas. Los 6.875 proyectiles enviados contra la plaza a lo largo del sitio, causaron unos 75 muertos y poco más de 300 heridos, a los que debe añadirse el lógico aumento de la mortandad natural⁷. Los días más duros fueron los inmediatamente anteriores a la liberación, pues los alimentos escaseaban hasta punto de ser una de las mayores preocupaciones del general Castillo, por más que éste tratara de disimularlo. Los daños materiales fueron bastante elevados, estimándose en cerca de 10.000.000 de reales⁸.

Por el contrario, Brea recoge como «*la vida en los acuartelamientos carlistas era lo más satisfactoria posible, a excepción de que ibanse convenciendo muchos (yo ya lo estaba) de que los bilbainos no se rendirían sólo con el bombardeo*»⁹. Quizás por este convencimiento, el general Elio mandó parte de sus tropas a Valdespina para que tratara de tomar la ciudad al asalto, pero su propuesta fue rechazada. Se continuó pues con el bombardeo, si bien la escasez de pólvora obligó a interrumpirlo en varias ocasiones y la de balas hizo que en otras los carlistas tuvieran que dedicarse a recoger las lanzadas por el enemigo.

Pero esta tranquilidad con que transcurría la vida de los sitiadores puede dar una idea equivocada de las dificultades que había para mantener el aislamiento de

⁶ BREA, A., 1874: *Diarios del sitio de Bilbao*. Villar, Bilbao, Villar, 1966, p. 409.

⁷ AZAOLA, J. M., *Sitio y bombardeo de Bilbao*, «El sitio», Bilbao, 1981, pp. 47-51.

⁸ BASAS FERNÁNDEZ, M., *Economía y Sociedad Bilbainas en torno al sitio de 1874*, Publicaciones de la Junta de Cultura de Vizcaya, Vizcaya, 1978, pp. 379.

⁹ BREA, A., 1874: *Diarios del...*, pp. 414-ss. Sobre la vida de los sitiados UNAMUNO, M., *Paz en la guerra*, Fernando Fe, Madrid, 1897.

Bilbao. Así, detrás de las tropas de Valdespina, las líneas de Somorrostro habían de hacer frente a los reiterados intentos de las tropas republicanas para liberar la ciudad.

El 25 de febrero el general Moriones realizó una ofensiva destinada a forzar el cerco. Rechazado tras duros combates, envió al gobierno un telegrama que se ha hecho famoso: «El ejército no ha podido forzar los reductos y trincheras de San Pedro Abanto y su línea. Es urgentísimo vengan refuerzos y otro general a encargarse del mando».

Un mes después, el 25 de marzo, tuvo lugar la segunda ofensiva a cargo del general Serrano, al que apoyaba la escuadra del almirante Topete, Ministro de Marina. El 27 las tropas de Ollo detienen a los liberales en San Pedro Abanto y les obligan a replegarse. Pero también fueron días de luto para el ejército carlista, pues el 29, cuando la batalla estaba ganada, un obús de la artillería republicana alcanzó a un grupo de oficiales en el que se encontraban Ollo y Rada, que fallecieron a consecuencia de las heridas. Medio siglo después de la muerte de Zumalacárregui, Bilbao volvía a cobrarse ilustres jefes del carlismo militar.

El 28 se había celebrado un consejo de generales bajo la presidencia de Don Carlos. Aunque la mayoría expuso deseos de levantar el sitio, el parecer de Andéchaga y Berriz, secundados por Elío, acabó imponiéndose.

A finales de abril el marqués del Duero hizo un esfuerzo supremo contra la línea carlista. La victoria de Concha en un reñido combate, donde halló la muerte el general Andéchaga, marca el fin del sitio de Bilbao, bombardeado por última vez el 1º de mayo y liberado al día siguiente.

Del fracaso ante Bilbao a la restauración alfonsina

Aunque el fracaso del sitio de Bilbao es sin duda alguna un hito importante en la marcha de la guerra, el

ejército carlista seguía intacto e incluso se iba fortaleciendo día a día. La toma de Tolosa en el mes de febrero había robustecido su posición en Guipúzcoa y el nombramiento del nuevo general en jefe, Dorregaray, abría nuevas perspectivas.

Tras más de un mes de inactividad y fiado en su anterior éxito, el general Concha decidió apoderarse de Estella. La batalla de Monte Muru (también llamada de Abárzuza) se desarrolla entre el 25 y el 27 de junio y es la más importante de la guerra por el número de los combatientes: 50.000 liberales contra 25 batallones carlistas. La muerte de Concha marca el fin de una acción que clausura también los proyectos de este general para proclamar Rey a don Alfonso si la suerte le era propicia. El telegrama de Echagüe al ministro de la guerra no puede ser más tético: «Ejército rechazado. General en jefe muerto. Pérdidas sensibles. Me ocupo levantar la moral de las tropas esperando mi sustitución. Estoy muy enfermo». Se ha reprochado a Dorregaray el no haber tratado de sacar más partido del triunfo, pero la insuficiencia de caballería y de artillería carlista explican que optara por dedicarse a reorganizar el ejército.

A principios de agosto los carlistas consolidan su posición en Álava con la toma de Laguardia y estrechan el bloqueo de Vitoria. La situación de Pamplona no era mejor, pues los legitimistas dominaban la línea del Carrascal. Sin embargo, Dorregaray fue sustituido por Mendirry en el mes de octubre y enviado a hacerse cargo de la guerra en el Centro, tal vez como sanción por los fusilamientos posteriores a Abárzuza, entre los que destaca el del corresponsal alemán Schmidt, acusado de espionaje.

En noviembre el general Díaz de Ceballos emprendió el sitio de Irún, una de las pocas plazas que todavía conservaban los liberales guipuzcoanos, pero hubo de retirarse sin obtener más que un sonado fracaso, compensado en diciembre por la victoria carlista en Urnieta.

Del golpe de Sagunto a la pérdida de Seo de Urgel

En diciembre de 1874 el general Martínez Campos proclama rey a Alfonso XII en las proximidades de Sagunto. Los efectos de este acontecimiento en el seno del ejército carlista no se hicieron esperar. Algunos jefes, unidos a las filas de Don Carlos, más por su carácter contrarrevolucionario que por participar plenamente del espíritu de la Causa, empezaron a abandonar la lucha.

En enero de 1875 el ejército alfonsino emprendió una ofensiva que se pensaba definitiva y a la que concurrió el propio monarca. A principios de febrero los carlistas se vieron forzados a abandonar la línea de Carrascal, decisión que causó gran disgusto entre los voluntarios, pues no se llegó a presentar batalla. Ya fuera debido a la presión de sus tropas, a una orden de Don Carlos, o a una decisión particular suya, Mendiry decidió atacar a la columna del general Bargés, acantonada en Lácar. La derrota de los liberales fue completa y, según la tradición carlista, el propio Alfonso XII estuvo a punto de ser hecho prisionero.

Mendiry, haciendo referencia a la imposibilidad en que se vio para perseguir al enemigo debido a la dispersión de sus hombres, no duda en afirmar: «Con otra clase de tropas más disciplinadas y con el valor que a las nuestras era tan peculiar, la batalla de Lácar hubiera sido decisiva y de incalculables consecuencias para la Causa».

En marzo tuvo lugar el reconocimiento de Alfonso XII por Cabrera, al que siguieron entre otros Díaz de Rada, Polo, Aguirre y Estartús. Un par de meses después Aguirre trató de emular a Muñagorri y, resucitando el antiguo «paz y fueros», penetró en territorio carlista, aunque tuvo que abandonarlo más que deprisa.

Tras un periodo de relativa inactividad tiene lugar la para Aróstegui decisiva batalla de Zumelzu, donde los carlistas se ven obligados a defender las líneas establecidas sobre Vitoria. El 6 de agosto, o sea, el día antes

del combate, Mendiry fue cesado en el mando y sustituido por Pérula, factor unánimemente señalado como una de las causas del triunfo liberal con que se inaugura la ofensiva.

Poco después el general Martínez Campos se apodera de Seo de Urgel, capital del Carlismo catalán. Libre de otras preocupaciones, el ejército alfonsino converge sobre el Norte en un proceso diametralmente opuesto al de 1839.

LA GUERRA EN EL MAESTRAZGO

En abril de 1872 diversas partidas se lanzan al combate en el antiguo teatro de operaciones de Cabrera. Gamundi, Dorregaray, Cucala y Marco dirigen los núcleos iniciales. Pese a los descalabros sufridos en los primeros encuentros con el ejército regular, los carlistas incrementan su actividad desde finales de septiembre de 1872 a marzo de 1873, en que entran en una nueva fase de desintegración. En septiembre Cucala logra algún que otro éxito contra los republicanos.

El mes de octubre es crucial para los carlistas, pues Marco de Bello se reincorpora y organiza la división aragonesa, instalando en Cantavieja una Academia Militar y una fábrica de cartuchos. Incluso se puso sitio a Morella, que para los carlistas del Maestrazgo tenía el mismo valor que Estella para los del Norte, pero sin lograr tomarla. Mientras tanto, el general Palacios procedía a estructurar las tropas valencianas.

A mediados de 1874 el infante don Alfonso Carlos cruzó el Ebro acompañado por una reducida expedición que incluía el batallón de zuavos. Tras un revés en Gandesa, el infante logró llegar a Vinaroz, haciéndose cargo de las fuerzas del Centro. Un fracasado ataque nocturno sobre Teruel (3 de julio) acabó con la destitución de Marco de Bello, al que se culpó del desastre. Poco después don Alfonso Carlos, al que acompañaba su mujer, doña María de las Nieves de Braganza, tomó

la ciudad de Cuenca al asalto. Allí organizó el ejército del Centro, confiriendo el mando de Aragón a Gamundi y el de Cuenca y Guadalajara a Villalaín. Valencia continuó a las órdenes de Palacios. El total se elevaba a más de 20 batallones y 8 escuadrones.

Aunque el propósito del Infante había sido unificar estas tropas con las catalanas mediante un mando común, los combatientes del Principado protestaron ante Don Carlos y un real decreto del 9 de agosto estableció la separación entre ambos ejércitos. El del Centro quedó a cargo de don Alfonso Carlos y el de Cataluña a las órdenes de Tristany. Incapaz de modificar la decisión de su hermano, el Infante pidió el relevo.

El mando interino de Martínez de Velasco viene marcado por la pérdida de Villahermosa, uno de los puntos más importantes de la industria bélica carlista. En diciembre, ya bajo la jefatura de Lizarraga, fue sorprendida en La Cenia la Diputación carlista, cuyo presidente, el barón de Zafra, fue asesinado. Aunque la guerra había transcurrido hasta entonces por cauces mucho menos sangrientos que los de 1833-40, este incidente, unido a la ejecución del coronel Lozano, estuvo a punto de acabar con el carácter relativamente «civilizado» que hasta entonces había tenido el conflicto.

Pocos días después del pronunciamiento de la brigada Daban en Sagunto, Dorregaray llegó para hacerse cargo del ejército. Aunque la actividad bélica es constante, los alfonsinos tratarán de ganar para su causa a varios jefes carlistas. Así, el 6 de mayo de 1875, Dorregaray mandó fusilar al coronel Monet y a don Joaquín Codina, jefe de la real hacienda, bajo la acusación de estar en tratos con el enemigo. Por estas fechas, el general Martínez Campos se apoderaba del fuerte de Miravet, cortando las comunicaciones con Cataluña.

El primero de julio tiene lugar un acontecimiento decisivo para el curso de la guerra tanto en el centro como en el resto de la Península. Ante la constante pre-

sión del ejército liberal, Dorregaray celebra un consejo de generales en Villarluengo a fin de ver si era posible mantenerse en campaña o era necesario pasar al Norte para reorganizarse, decisión adoptada por unanimidad. En el mismo día se emprende la marcha hacia el Ebro, comunicándose a los gobernadores de Cantavieja y El Collado, a fin de que se unieran a las partidas encargadas de mantener la guerra hasta la vuelta del ejército. Pero estas partidas fueron pronto aniquiladas y a mediados de julio puede darse por concluida la guerra.

En el Real carlista causó consternación el abandono del Centro, consternación que aumentó al disgregarse sus batallones. Los rumores de traición surgieron de forma casi inmediata y Dorregaray fue procesado nada más llegar. Ferrer considera la traición como un hecho probado en base a la causa, exhumada por Larrayoz, y a un trabajo de Corominas, que encontró el convenio firmado por Dorregaray y los recibos de las cantidades pagadas a diversos jefes por disolver el ejército.

LA GUERRA EN CATALUÑA

Aunque el Carlismo cuente con más efectivos en Navarra y Vascongadas, Cataluña es la zona de España donde a lo largo del siglo XIX su presencia bélica es más continua.

El 7 de abril de 1872, antes incluso de la orden de alzamiento, el general Castells se ve obligado a comenzar la lucha para evitar ser detenido por las autoridades gubernamentales. Como dato curioso, consignaremos que la formación de su partida tuvo lugar en pleno ensanche de Barcelona. Don Alfonso Carlos, designado por su hermano jefe de los carlistas catalanes, nombró al general Tristany para ejercer el mando de forma interina. Los golpes de mano son continuos y destaca el de Francesch sobre Reus, frustrado por la

muerte del jefe carlista en una descarga de sus propios soldados.

A partir de Oroquieta, las partidas catalanas se encuentran prácticamente solas, pues la insurrección del Norte ha entrado en una fase muerta. Como recompensa a su fidelidad, Don Carlos reconoce los Fueros de la Corona de Aragón el 16 de julio de 1872.

En diciembre, el infante don Alfonso Carlos manda convocar los somatenes para promover una insurrección general y aunque se reúnen varios miles de voluntarios pronto se dispersan por la falta de armas. A finales de mes el infante entra en territorio español y toma posesión efectiva de su cargo.

En marzo de 1873 los carlistas logran apoderarse de Ripoll y Berga, donde consiguen importantes recursos militares, pero todavía son demasiado débiles y han de abandonarlas ante la amenaza de una contraofensiva. En julio don Alfonso derrota a los republicanos en Oristá y se hace con un par de piezas, que serán el núcleo inicial de la artillería carlista. La acción de Alpens, el 7 de julio, marca la consolidación definitiva del Carlismo catalán e inmediatamente después se produce la toma de Igualada. También en este mes tiene lugar el intento del coronel de la guardia civil Don Cayetano Freixa de sublevar su regimiento en favor de Don Carlos, pero una serie de circunstancias hizo que apenas lograra arrastrar a una docena de hombres. El liberalismo del ejército se hacía de nuevo evidente.

Acciones generalmente favorables a los carlistas, pero de poca importancia, se suceden bajo el mando de don Alfonso. Sus disensiones con Savalls, a quien había retirado el mando, culminan con la rehabilitación de éste por don Carlos, lo que motiva la salida del infante hacia el Norte para entrevistarse con su hermano, entregando el mando al general Tristany.

La toma de Vich, en enero de 1874, marca el comienzo de una nueva campaña. En marzo Savalls

derrota al brigadier Novillas en Castelfullit cuando se dirigía a socorrer Olot, ciudad que trataban de conquistar los carlistas desde el principio de la guerra y que capitula poco después. El control legitimista sobre las provincias de Gerona y Barcelona se intensifica de tal forma que ambas ciudades han de comunicarse por vía marítima incluso para el traslado de tropas.

En abril, tras lograr una resolución favorable de Don Carlos, el infante vuelve a Cataluña con la misión de organizar la guerra en el Centro, continuando Tristany al frente de las tropas catalanas.

La pérdida de Olot en julio se compensa en agosto con la toma de Seo de Urgel en una arriesgada y brillante operación que permitió a los carlistas hacerse con una de las más importantes fortalezas de Cataluña. La acción de Castelló de Ampurias a principios de noviembre es la última gran victoria de las armas carlistas.

La Restauración no produce efectos inmediatos en las filas catalanas que, hasta el fin del mando de Tristany (marzo de 1875), mantienen sus posiciones. El 26 de marzo se celebra una reunión a la que asisten Savalls (nuevo general en jefe), Lizarraga, Morera y el liberal Martínez Campos en el Hostal de la Corda. Fueran cuales fueran los asuntos abordados, lo cierto es que entre los carlistas corrió la voz de que Savalls se había comprometido a poner fin a la guerra¹⁰.

En este ambiente se produce la llegada del ejército del Centro, que no sólo no sirvió de ayuda, sino que agravó la deficiencia crónica de la infraestructura catalana. En julio comienza el sitio de Seo de Urgel y fueron inútiles los intentos de Castells de lograr una acción combinada con Dorregaray para liberar la plaza. Savalls, que no había hecho nada por socorrer a Lizarraga, es sustituido por Castells. Pese a sus esfuerzos, la guerra terminará en el mes de noviembre merced a la fulgurante campaña de Martínez Campos.

¹⁰ ISERN, J., *L'Hostal de la Corda*, Barcelona, 1984, donde se recogen todas las opiniones sobre el tema.

LA GUERRA EN EL RESTO DE ESPAÑA

Aunque su importancia real sobre el curso de los acontecimientos fuera mínima, no hay que olvidar que en todas las regiones de España actuaron partidas carlistas. Con efectivos menores que en la primera guerra, estos carlistas llevaron a cabo una lucha independiente y solitaria, donde muy rara vez se podía contar con el apoyo de tropas procedentes de los grandes teatros de la guerra.

Tampoco hay que olvidar que en el Norte había varios batallones castellanos, y unidades procedentes de Cantabria, Asturias, La Rioja e incluso de un batallón aragonés.

EL FINAL DE LA GUERRA EN EL NORTE

La pérdida de Seo de Urgel marca también un hito para las tropas carlistas del Norte. No importa que todavía resistan algún tiempo los catalanes, pues la convicción de que ha llegado el final va imponiéndose poco a poco. La victoria de Pérula en la ermita de la Trinidad de Lumbier es el único triunfo de importancia que consiguen los carlistas desde la toma de Seo de Urgel por el general Martínez Campos, a la ofensiva final realizada por este mismo general seis meses después.

La desconfianza hacia los jefes se iba extendiendo en un ejército que no había olvidado el Convenio de Vergara. Para conjurarla en la medida de lo posible, el

conde de Casería fue designado nuevo general en jefe, pero el espíritu no era ya el mismo de 1872. El 28 de enero de 1876 se inicia la ofensiva en Álava y Navarra y el 28 de febrero Don Carlos cruza la frontera francesa.

BIBLIOGRAFÍA

- BASAS FERNÁNDEZ, M., *Economía y Sociedad Bilbaínas en torno al sitio de 1874*, Publicaciones de la Junta de Cultura de Vizcaya, Vizcaya, 1978, pp. 379.
- BULLÓN DE MENDOZA, A., *La Primera Guerra Carlista*, Actas, Madrid, 1992.
- CAMPS I GIRO, J., *La guerra del matiners i el catalanisme politic (1846-1849)*, Curial, Barcelona, Curial, 1978.
- ESPADAS BURGOS, M., «El sexenio revolucionario», *Historia general de España y América*. Tomo XVI-2. *Revolución y Restauración (1868-1931)*, Rialp, Madrid, 1981, pp. 240-243, tomo XIV-2.
- ISERN, J., *L'Hostal de la Corda*, Barcelona, 1984.
- LAZARO TORRES, R. M., *La otra cara del carlismo vasconavarro (Vizcaya bajo los carlistas, 1833-1839)*, Mira editores, , Zaragoza, 1991.
- MORAL RONCAL, A. M., *Carlos V de Borbón (1788-1855)*, Actas, Madrid, 1999.
- UNAMUNO, M., *Paz en la guerra*, Fernando Fe, Madrid, 1897.